

El pintor de Burgos

M. MARTÍN FERRAND

Sábado , 22-05-10

LA segunda vez que le dieron a Carmelo Bernaola el Premio Nacional de Música, me dijo el de Ochandiano que le inspiraban los «monstruos» que pintaba Luis Sáez, el pintor burgalés, de Mazuelo de Muño, que acaba de morir a los 84 años de edad. Por su parte, Sáez me había dicho mucho antes que, frente al lienzo, mientras tomaban forma y color sus pensamientos, escuchaba el sonido de la dulzaina, la chirimía que decían los clásicos, sin necesidad de dulzainero alguno. Los dos genios del arte contemporáneo tenían razón. La creación artística es algo más que un efecto metabólico del cerebro. Arrastra consigo toda la memoria cultural de la especie y es imposible que las artes no se entremezclen e influyan las unas con las otras.

Pepe Ortega, otro de los grandes pintores de esa generación que se extingue, aseguraba en sus días de feroz militancia comunista, que los inanimados guerreros –algunos con fajín y dos tetas– que imaginaba el subconsciente de Sáez eran las síntesis crítica más dura de la oposición al poder. No sólo al poder de Francisco Franco, sino a todos los posibles. Sin rebeldía no hay arte y, sospecho, que sin una dosis de ella tampoco se alcanza en plenitud la condición ciudadana.

Me llama la atención la escasa relevancia que ha tenido en los medios, salvo en los de Burgos, el fallecimiento de Luis Sáez. Su obra es, como dijo Baura, la de un hombre solitario, distante de intereses e influencias; su aislamiento, que es (era) grande, lo paga en monedas de olvido y por ello se sustenta, mejor que cualquier otro alimento, de arraigos.

Como niño de la Guerra, Sáez pasó hambre, de la verdad, y después de trabajar como botones en el Casino de El Espolón, Marceliano Santa María –el pintor de Castilla y de la Historia que le enseñó a Franco a colocarse frente al caballete–

le consiguió una beca para estudiar en Madrid, en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando. Era, como le definía Feliciano Fidalgo, un hereje. Un discolo. Un disconforme. Su grandeza, que es mucha, queda disminuida no por su humildad, sino por su vocación de Robinson de Castilla, señor de secarrales y fósiles. Sus distintas etapas creadoras le condujeron a un ejercicio de virtuosismo. Imaginarios bodegones muertos, de chatarra y cintas de colores, de armaduras que nunca existieron y guerreros que pueden llegar a existir, que producen miedo. Era un genio y se ha ido en silencio.